

El problema que quiero exponer es algo que ciertamente experimentan quienes tienen como meta escribir sobre un tema “erudito”. Es éste: ¿debo formular mis pensamientos en estilo académico (es decir, despersonalizado) o debo recurrir a un estilo vivo (es decir, mío)? La decisión tomada afectará profundamente el trabajo a realizar. No es una decisión que afecte solamente a la forma. Afecta igualmente al contenido. Dos sentencias diferentes son dos pensamientos diferentes. La decisión de tratar un tema erudito de forma académica o de forma viva es la decisión de tratar ese tema desde dos ángulos diferentes. Otros serán los argumentos expuestos, otras las conclusiones alcanzadas, y el propio tema será sólo aparentemente el mismo. El estilo dará forma al trabajo.

El problema no se da con un tema no erudito. El estilo académico no se ofrece como alternativa. El estilo académico es un caso especial de estilo. Reúne honestidad intelectual con deshonestidad existencial, ya que quien recurre a él compromete el intelecto y *elimina el cuerpo*. Característicamente evita el uso del pronombre “yo”. Sustituye el “yo” por el bombástico (aunque aparentemente modesto) “nosotros”, o por el “se”, que no compromete. No negaré que tiene su belleza. Es la belleza del rigor, que no es necesariamente un *rigor mortis*. Y esa belleza, que tanto resplandece en la matemática y en la lógica formal, es en cierto modo característica del intelecto. Pero afirmaré que este estilo es una pose. Nadie piensa académicamente. Hace de cuenta que piensa así. Se obliga a pensar de esa forma. El estilo académico es resultado de un esfuerzo (si se quiere, de una disciplina mental), por lo tanto resultado de un primer pensamiento; pero es un *second thought*, un segundo pensamiento, traducción de un primer pensamiento. No es espontáneo, es deliberado. La elección entre un estilo académico y un estilo mío es, por lo tanto, una elección a medias: hablaré espontáneamente o escogeré el academicismo.

Como toda elección, también ésta involucra el problema de la responsabilidad. El academicismo asume la responsabilidad del rigor (la validez) del argumento y minimiza la responsabilidad del autor como persona de carne y hueso (como diría Unamuno). Un estilo vivo asume esta responsabilidad y subordina la otra; hace depender la validez del argumento de la validez (del valor) de aquel que argumenta. Son dos formas diferentes de comprometerse. Es concebible que el empeño dependa del tema. Parece difícil imaginar un compromiso no académico para un tema como “anatomía de las cucarachas” (aunque exista *La metamorfosis* de Kafka). Pero debo confesar que para mí es difícil imaginar un compromiso, aunque sea académico, en semejante anatomía. Un tratado sobre la anatomía de las cucarachas tiene siempre, si es auténtico, un fondo más amplio. Es siempre una preocupación por un detalle a ser incluido en un contexto más significativo. Y, si así fuera, surge también el problema del estilo. El ejemplo es, sin embargo, extremo. Creo que la elección, en el caso de la anatomía (o de temas semejantes), caerá sobre el academicismo “naturalmente”. El problema se presentará con toda su fuerza si el tema proviene de las ciencias sociales o de la filosofía. Y pretendo considerar estos temas.

* Publicado originalmente en el diario *O Estado de S. Paulo*, 19/8/67. Tomado de: Flusser, Vilém, *Ficções filosóficas*, San Pablo, Editora da Universidade de São Paulo, 1998. Traducción al español: Pablo Katchadjian.

Llamaré “tratados” a los trabajos sobre estos temas cuando hablamos de un estilo académico y “ensayos” cuando hablamos de un estilo vivo. Diré que la elección entre hacer un tratado o un ensayo es una decisión existencial en el sentido estricto del término. Marcaré mi actitud ante mi tema y ante quienes leerán mi trabajo, “mis otros”. En el caso del tratado, pensaré mi tema y discutiré con mis otros. En el caso del ensayo, viviré mi tema y dialogaré con mis otros. En el primer caso, buscaré explicar mi tema. En el segundo, buscaré implicarme en él. En el primer caso, buscaré informar a mis otros. En el segundo, buscaré alterarlos. Mi decisión dependerá, por lo tanto, de la manera en que encare mi tema y a mis otros. Dependerá de mi identidad. En el tratado no me asumo, asumo el tema para mis otros. En el ensayo, me asumo en el tema y en mis otros. En el ensayo, yo y mis otros son el tema dentro del tema. En el tratado, el tema interesa; en el ensayo, *intereso (soy) e interesamos (somos)* en el tema. La decisión por el tratado es desexistencializante. Es una decisión en provecho del “se”, del público, del objetivo. La decisión por el ensayo es la que debe ser atendida.

Si me decido por el ensayo, por mi estilo, por asumirme en mi tema, corro un riesgo. El riesgo es dialéctico: el de perderme en mi tema y el de perder el tema. Son dos peligros fronterizos de mi identificación con el tema. Supongamos que quiera hacer un ensayo sobre la traducción y la traducibilidad. El tema es erudito, y podría por lo tanto haber escogido la forma del tratado. En ese caso podría haber basado mi argumentación en autores leídos, podría citar a esos autores en la bibliografía y en el texto para disminuir mi responsabilidad y podría haberles incorporado algunas consideraciones mías. El tema habría quedado más claro, y mis lectores, más informados. Elegí el ensayo. El problema de la traducción y de la traducibilidad asume las dimensiones cósmicas de todo problema existencial: lo incluye todo. Por ejemplo, incluye el problema del conocimiento, que pasa a ser un aspecto de la traducibilidad. Incluye el valor, que pasa a ser un aspecto de la validez de las sentencias traducidas. Incluye el problema del significado y del absurdo, que pasa a ser un aspecto de los límites de la traducibilidad. En suma: comienzo a perder mi tema por haberme identificado con él. Y simultáneamente comienzo a perderme en él, ya que paso a identificarme con sus diversos aspectos. Por ejemplo, podría verme a mí mismo como un problema de traducción, esto es, como una multiplicidad de sistemas a ser traducidos entre sí y para un metasistema. Y el estilo de mi ensayo pasará a reflejar, a articular, a formular este empeño mío de cuerpo y alma.

Éste es el peligro del ensayo, pero es también su belleza. El ensayo no es solamente la articulación de un pensamiento, sino la articulación de un pensamiento como punta de lanza de una existencia comprometida. El ensayo vibra con la tensión de esta lucha entre pensamiento y vida, y entre vida y muerte, que Unamuno llamaba “agonía”. Por eso, el ensayo no resuelve, como hace el tratado, su tema. No explica su tema, y en este sentido no informa a sus lectores. Por el contrario, transforma su tema en enigma. Se implica en el tema, e implica en él a sus lectores. Éste es su atractivo.

La filosofía y las ciencias oscilan entre el tratado y el ensayo. Por eso, podemos hablar de filosofía y ciencias académicas y de filosofía y ciencias ensayísticas. Esa oscilación tal vez sea un aspecto del péndulo “clásico-romántico” o del péndulo “apolíneo-dionisiaco” (para decirlo con Nietzsche). Por citar algunos ejemplos: la física renacentista es ensayística (Leonardo, Galileo), y académica es la física del barroco; la biología decimonónica es ensayística (Darwin), y académica la biología del siglo XX; la psicología analítica es ensayística, y académico el conductismo. Pero no debe suponerse (como parecen sugerir los

ejemplos) que toda disciplina se inicia por el ensayo para terminar en el tratado. Hay ejemplos de la tendencia inversa. Uno de esos casos me parece que es precisamente la sociología. Pero el ejemplo más significativo de esa oscilación es, obviamente, la filosofía.

Hay dos filosofías, y el diálogo entre ellas se asemeja a un diálogo de sordos. La filosofía ensayística, con Platón, Agustín, Eckhart, Pascal, Kierkegaard, Nietzsche, Camus, Unamuno. Y la académica, con Aristóteles, Tomás, Descartes, Spinoza, Hegel, Marx, Carnap. Ambas filosofías tratan los mismos temas, pero lo hacen sólo en apariencia. Esto es lo que torna tan difícil el diálogo entre ellas. Porque si invalido el pensamiento de un filósofo académico, invalido su tratado. No basta, en cambio, invalidar un pensamiento para derribar un ensayo. Es preciso, para esto, desautenticar su actitud. La vulnerabilidad del academicismo es diferente a la del ensayismo. Es, por lo tanto, más difícil derribar a un Unamuno que derribar a un Carnap. Pero si derribé a Carnap, sólo derribé su pensamiento; si derribé a Unamuno, nada queda de él.

El lector podrá objetar que exageré enormemente la antinomia “tratado-ensayo”. Que, por ejemplo, los ensayos de Hume son verdaderos tratados, y que el *Tractatus* de Wittgenstein es, en realidad, un ensayo. No negaré que hay momentos inspirados en los grandes tratados en los cuales cambian de carácter. No negaré que hay islas en los grandes ensayos en las cuales el asunto es tratado académicamente. Pero insisto en que la decisión es anterior al trabajo, y que marcará definitivamente todo su clima. Basta abrir un libro “erudito” para aspirar de inmediato ese clima. Y basta vivir el momento de libertad que antecede a la decisión por el estilo que dará forma a mi trabajo.

En las universidades brasileñas reina el academicismo. Como reacción tal vez al ensayismo que predominaba en el pensamiento brasileño hasta casi nuestros días. Pero las universidades (como su nombre lo indica) no deben ser unilaterales si pretenden una erudición en el sentido más amplio del término. Deben ser los lugares geométricos en los cuales el desprecio del academicismo por el ensayismo y el rechazo del ensayismo hacia el academicismo se superen mutuamente. Y esto especialmente en un momento en el cual, a mi entender, el péndulo de la filosofía (y también el de ciertas ciencias) tiende al ensayismo. Provocar esta consideración era la meta de este artículo, el cual, ciertamente, puede ser encuadrado en la categoría “ensayo”.

Traducción Pablo Katchadjian